

para siempre mas los cimientos de la Religión católica, no permitiendo que quedase interrumpida la sucesion de los Pontífices romanos, ó que una religión cismática desgarrase el catolicismo.

(Carta del Ilmo. Sr. obispo de Alais á sus vic. gen. en 1802).

LECCION DE PIO VII Á UN JÓVEN.

Cuando estuvo el venerable Pontífice Pio VII en Paris, fue recibido con toda la veneracion debida á su carácter y á las virtudes que le adornaban. Cuando daba la bendicion, segun acostumbran los Jefes de la Iglesia todos se apresuraban á ponerse de rodillas para recibirla. Un dia que bendecia así al pueblo, un jóven permaneció en pié, burlándose de los que no seguian su ejemplo.

Volviéndose el Santo Padre hácia el jóven filósofo con tanta sangre fria como majestad le dijo: «Ignoro, caballero, qué religion profesais; pero como la bendicion de un anciano nunca puede hacer daño á la juventud, permitid que os dé la mia, asegurándoos al mismo tiempo los vivos deseos que tengo de que produzca en vos felices resultados.»

Conmovido el jóven al oír las palabras del Sumo Pontífice, se postró y recibió como debia esta leccion tan afectuosa como paternal, manifestando su sentimiento por no haber llenado este deber ya desde el principio.

El amor propio es nuestro mas peligroso enemigo, y ejerce particularmente su influjo sobre la juventud. El jóven que así se negaba á rendir homenaje al venerable sucesor de los Apóstoles, esperaba obtener

la aprobacion de aquella clase, enemiga capital de todo culto religioso; pero una rápida ojeada echada sobre el concurso, le hizo conocer que no aprobaba su conducta, y tuvo bastante buen criterio para reconocer y reparar su falta.

(Etrennes religieuses de 1805).

CAPÍTULO III.

De nuestros deberes para con la Iglesia.

Sin duda alguna es una dicha incomparable haber nacido en el seno de la Iglesia de Dios y reconocer las divinas señales que la caracterizan y la distinguen de todas las demás sectas. Mas no basta esto para salvarnos, querido Teófilo, tenemos deberes que llenar con esta Iglesia, nuestra buena madre, y esto es lo que vamos á explicarte al concluir este tratado.

§ I. *Idea general de nuestros deberes.*

Para conocer bien nuestros deberes para con la Iglesia, es preciso considerar los títulos que tiene para esto, y yo veo tres principales. La Iglesia es nuestra *Soberana*,

porque Jesucristo la ha puesto en su lugar y la ha revestido de todo su poder; es nuestra *Madre*, porque nos ha hecho hijos de Jesucristo con el bautismo, y nos educa é instruye en la fe cristiana; finalmente, es el *cuerpo místico* de Jesucristo, porque él se la ha asociado, y ha formado de ella esta sociedad, de la cual él es la cabeza y nosotros los miembros.

Como soberana, dicta la Iglesia leyes, da decretos, pronuncia fallos, y nos gobierna segun las máximas mas puras y mas santas del Evangelio. Como madre nos lleva en su seno, nos da todos los socorros espirituales, previene todas nuestras necesidades, y se toma por nosotros los cuidados mas afectuosos y constantes: por fin, como á cuerpo místico nos une á este adorable jefe, y le sirve de conducto para hacer caer sobre nosotros las divinas influencias de su gracia; nos comunica todos los méritos de su sangre, y en fin, nos conduce á la gloria eterna.

§ II. *Primer deber*, LA OBEDIENCIA.

La obediencia que deben tener los fieles á la Iglesia está basada en el poder soberano que ha recibido de Jesucristo para gobernarnos. Sin meterme en probar que Dios ha podido y debido dar este poder á su Iglesia, para convencerte de que existe este poder, me contentaré con citarte estas palabras que dijo el Salvador del mundo á sus Apóstoles en representacion de la Iglesia: *Todo lo que atáreis en la tierra, les dijo, será atado en el cielo; y todo lo que desatáreis en la tierra será desatado en el cielo.* Este texto es explícito, sin que pueda darnos lugar á dudas. Es lo mismo que si Jesucristo les dijese, todo cuanto juzgaréis, todo cuanto decidiréis, todo cuanto ordenaréis, con respecto á la doctrina ó á la moral, será confirmado y ratificado en el cielo. De modo que todo fallo de la Iglesia es un fallo del cielo, toda orden de la Iglesia lo es tambien del cielo.

Tambien nos dice Jesucristo en otro lugar: *Si alguno no escucha á la Iglesia, y asea cuando manda alguna cosa en materia de*

moral, ya cuando decide algun artículo de fe, que sea á vuestros ojos como un gentil y un publicano. Desde aquel momento ha dejado de ser cristiano y está fuera del camino de la salvacion; porque añade: *El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia, á mí me desprecia.* Por lo tanto, querido amigo, debes obedecer á la Iglesia, so pena de hacerte reo de un gran crimen, y de exponerte á ser enemigo de Dios, y digno de los eternos tormentos.

Tan extenso es el poder de la Iglesia, que en todas las partes de la tierra no hay un solo poder que no le esté subordinado; si bien es cierto que no intenta traspasar los limites que Jesucristo le ha prescrito, ni llevar mas léjos su imperio. El divino Salvador ha declarado expresamente *que su reino no era de este mundo*, queriendo con esto darnos á entender, que el poder de la Iglesia no era *temporal*. En términos, que la Iglesia, léjos de levantarse sobre los poderes humanos, ni debilitar su dominio, se muestra por el contrario llena de celo por mantener sus derechos y la obediencia que se le debe. «Obedeced á vuestros dueños,

«nos dice, por boca del Príncipe de los Apóstoles, así al rey, como que es el mas elevado de todos, como á los gobernadores que os envíe revestidos de su autoridad. Estad sumisos, nos añade el Doctor de las naciones, estad sumisos á las potestades superiores, porque provienen de Dios. Todo el que se atreve á oponerles resistencia, la opone al mismo Dios, y se atrae su justa condenacion (1 *Pet.*, II. — *Rom.* XIII).»

Pero en cambio, cuando se trata del *poder espiritual*, todo debe ceder, todo debe humillarse y someterse á su autoridad. Así el monarca que domina desde su trono, como el súbdito que arrastra por el polvo, tanto los mas grandes como los mas pequeños, el sabio y el ignorante, todos deben reconocer la soberanía de la Iglesia, y depender absolutamente de ella. Ni lugares, ni rangos, ni condiciones, nada hay exceptuado de esta humilde sumision á las órdenes de la Iglesia.

Ningun poder humano iguala al de la Iglesia; porque ningun rey del mundo tiene el mismo derecho que la Iglesia sobre

las operaciones del alma; ninguno puede mandarnos creer lo que él cree, pensar lo que piensa él, condenar interiormente lo que él condena, y aprobar lo que aprueba. Pero la Iglesia ejerce su poder sobre nuestros ánimos y sobre nuestros corazones, y tiene el derecho de decirnos: *cree esto*, y de imponernos por este mero hecho la estrecha obligacion de creerlo con todo nuestro corazon, sin que nos sea siquiera permitido de dudar, racionar, ni disputar acerca lo que ella ha juzgado y decidido en materia de fe y de costumbres.

Habló la Iglesia y basta: á esta sola decision deben igualmente rendirse, tanto el talento mas sublime como el mas limitado; ni á uno ni á otro les es permitido examinar la decision. A todo el que no se somete interiormente á la Iglesia, tiene ella el derecho de tratarlo como rebelde, de expelerlo de su comunión, de fulminarlo con sus anatemas; ¡triste estado á que han sido reducidos tantos herejes por su indocilidad!

El poder de la Iglesia es universal; es decir, que debemos obedecer cuanto nos manda. Las leyes son tan obligatorias co-

mo las de Dios, á no ser que tengamos alguna justa razon que nos lo dispense; porque en este caso ya no tiene la Iglesia intencion de obligar. Así es que, aun cuando creyeres todo lo que la Iglesia cree, si no cumples lo que te manda, si no evitas lo que te prohíbe, no basta tu obediencia, ni por esto ganarás tu salvacion. Pide, pues, á Dios que te dé la sencillez de la fe, y una docilidad de ánimo y de conducta, que te hará muy agradable á sus ojos.

§ III. *Segundo deber*, EL AMOR.

¿Puede una madre, dice el Profeta, *olvidar al hijo que ha puesto en el mundo*? No podemos tambien decir nosotros: ¿puede acaso un hijo olvidar á la madre que lo ha llevado en su seno, y á la cual debe el ser y la vida? Una madre que abandona á su hijo, que no quiere prodigarle sus cuidados, no merece llevar el título de madre; pero, y un hijo que renuncia á su madre, que la mira con indiferencia, ¿no desmiente por ventura todos los sentimientos de la naturaleza? Luego siendo la Iglesia tu madre, tu mas sagrado deber es de amarla

tiernamente y manifestárselo en todas ocasiones.

Sí, hijo; la Iglesia es tu madre espiritual, y tiene para contigo todos los cuidados, y toda la ternura de una madre. Nadie puede disputarle esta amable cualidad, ni esta tan ilustre prerogativa. Tú mismo convendrás fácilmente en ello, querido hijo, si quieres considerar con atención su conducta para con todos sus hijos, y particularmente contigo. La Iglesia te ha recogido en la misma cuna desde tu nacimiento, te ha regenerado en Jesucristo por medio del bautismo; te ha impreso el sello de Dios y el carácter de la fe; desde este momento se ha encargado de darte el sustento espiritual, y no hay medio que no haya empleado todos los días para dirigirte por el camino de la salvación. ¡Cuántos ministros de su caridad no te envía para instruirte y consolarte! ¡Cuántas oraciones no dirige á Dios! ¡Cuántas ofrendas, cuántos sacrificios no le presenta para obtener de su bondad las gracias que te son necesarias! Atenta siempre á tus necesidades espirituales en las diversas edades de

tu vida, ella toma parte en tus intereses eternos, y nunca cesa de vigilar sobre tí y de trabajar por tí¹.

Pero cuando redobla esta tierna madre su vigilancia en favor de sus hijos, cuando despliega en toda su extensión su amor maternal, es en la hora de la muerte, en este paso tan peligroso y terrible para el cristiano. Entonces abre para nosotros todos sus tesoros, entonces reviste á los *sacerdotes* que nos asisten de todos sus poderes; ella nada se reserva, sino que les confiere toda su jurisdicción para perdonar y absolver. Basta oírla hablar á ella misma. ¡Con qué términos no se expresa en la recomendación que hace á Dios del alma de un moribundo! ¿Puede darse nada de mas expresivo? ¿puede darse nada mas tierno y afectuoso?...

Mas no para todavía aquí; pues la Iglesia aprecia á sus hijos, hasta después de muertos. Desaparecen sí de su vista, pero no se le borra su memoria, y quiere que sus cuerpos reposen en una tierra sagra-

¹ Y ¡cuánto no se interesa por tus bienes temporales!

da, y que sean conservados sus restos con la decencia correspondiente. Sin embargo, se toma todavía mas interés por sus almas; y como tiene motivos para temer que estas almas, aunque fieles, no hayan cumplido exactamente todos sus deberes para con Dios, y que por lo tanto se hallen detenidas en un fuego que las purifique, pero que las haga sufrir, las ayuda en cuanto puede con sus sufragios, orando, solicitando y trabajando sin cesar, mientras no sale de la incertidumbre de su estado.

¡Qué amor por parte de la Iglesia! ¿Sería posible que permanecieses insensible á él, querido Teófilo? ¿No tendrás ningun agradecimiento por los infinitos cuidados que se toma esta buena Madre? ¿Será posible que no la ames en vista de tantos beneficios como has recibido y continúas recibiendo de ella todos los dias? Por poco que lo consideres y lo comprendas, estoy seguro que amarás tiernamente á la Iglesia y le consagrarás una eterna adhesión.

§ IV. Tercer deber, EL CELO.

La Iglesia, hijo mio, es un cuerpo místico y moral, cuya cabeza es Jesucristo, y cuyos miembros son los fieles, como nos lo enseña el Apóstol en diferentes lugares, pero particularmente en su epístola á los de Éfeso, en la cual dice, hablando de Jesucristo: «Dios ha puesto todas las cosas «bajo sus piés, y le ha hecho cabeza de «toda la Iglesia, la cual es su cuerpo, «y el cumplimiento de aquel que lo llena «todo en todas cosas.» Así, pues, nosotros formamos un solo cuerpo con Jesucristo y en Jesucristo.

Por consiguiente, la reunion de todos los fieles, unidos en Jesucristo por la fe, forma el cuerpo de la Iglesia; y tomados estos mismos fieles por separado, y considerados cada uno en particular, forman los miembros de la Iglesia. Cuanto mas crecen y se fortifican estos miembros, tanto mayor incremento y fuerza adquiere el cuerpo. De este modo es como la cabeza misma adquiere mayor perfeccion en cualidad de cabeza, á medida que el cuerpo se fortifica

y perfecciona por la union de sus miembros. Este carácter, no solo de hijos, sino tambien de miembros de la Iglesia, es uno de los mas hermosos títulos, de los cuales podemos gloriarnos delante de Dios.

En efecto, querido Teófilo, como miembros de la Iglesia, pertenecemos de un modo particular á Jesucristo, pues por medio del bautismo, por el cual fuimos agregados al cuerpo de la Iglesia, hemos celebrado una alianza mas estrecha y mas inmediata con Jesucristo, que es su jefe; como miembros de la Iglesia, *no somos extranjeros, ni advenedizos, sino que somos ciudadanos de los santos y domésticos de Dios; somos las piedras vivientes del nuevo edificio, cuyos cimientos son los Apóstoles y Profetas, y cuya primera piedra angular es el mismo Jesucristo.*

Finalmente, como miembros de la Iglesia participamos de todas las gracias que proceden de su divina cabeza, y que le comunica sin medida, porque ella es la depositaria de estos sagrados manantiales del Salvador, de los cuales sacamos las aguas de salvacion. Ella es la distribuidora de su

preciosa sangre y de sus méritos infinitos, que está derramando continuamente sobre nosotros.

En vista de todas estas consideraciones, hijo mio, ya puedes conocer cuánto interés debemos tener en que subsista la Iglesia, y cuánto debemos trabajar para que se solide y se propague mas y mas. Debemos, pues, arder en deseos de ver extenderse por todo el universo el reino de la Iglesia, y cimentarse el fervor y la regularidad entre sus hijos. Mas aun; no contentándonos con simples deseos debemos contribuir á ello, en cuanto depende de nosotros, segun la posicion que ocupamos en el mundo.

Este celo por la gloria y los intereses de la Iglesia, ha tocado en suerte á todos los Santos. Tal ha sido en efecto el celo de los Apóstoles cuando con peligro de su vida, y á costa de su sangre, se ocuparon sin cesar en formar la naciente Iglesia, y en propagarla por todo el mundo. Tal es, aun en nuestros dias, el celo de tantos santos sacerdotes que se dedican dia y noche á la defensa de la Iglesia: que consagran sus talentos y sus cuidados á la Iglesia, ya

en los púlpitos, ya en los confesonarios, y ya tambien en conferencias públicas y particulares. Tal es, sobre todo, el celo de estos varones apostólicos, que abandonan sus mas caros objetos, la patria, familia, padres, amigos, y atraviesan los mares para ir á predicar el Evangelio á los bárbaros y á los idólatras con el fin de conquistar nuevos hijos para la Iglesia.

No creas, amigo mio, que estés dispensado de este celo, pues deben tenerlo todos los cristianos, sea cual fuere su estado. Todo fiel, dice Tertuliano, es soldado en cuanto se trata de la Iglesia, y necesariamente está obligado á pelear por su causa con todas sus fuerzas. Si no te sientes ánimo suficiente para sostener la Iglesia con el ministerio de la palabra, no teniendo el don y la vocacion que se requiere para esto, sostenla con la pureza de tus costumbres, y atestigua la verdad de la fe con la santidad de tus obras. Si no puedes sostenerla con tu talento é instruccion, sostenla con la docilidad de tu sumision, y con tu inalterable firmeza en no separarte jamás de sus decisiones ni de sus preceptos.

Ya que no puedas sostenerla contra los tiranos, hazlo contra los artificios de la herejia, ó contra los insultos del libertinaje; y sea como fuere, no sufras por ningun estilo que se vea atacada impunemente en tu presencia.

Todo esto debes, hijo mio, á la Iglesia tu soberana, tu Madre, y esto es lo que le has prometido cuando has entrado á militar bajo sus banderas. No permita Dios que desmientas jamás un empeño tan santo y tan solemne, no; de lo contrario te desmentirias á tí mismo. Pélea con valor en la tierra con la Iglesia militante, para reinar algun dia con la triunfante, que forman en el cielo los elegidos de Dios, y los herederos de su eterna gloria.

EJEMPLO.

CELO HERÓICO DE DOS MUJERES.

Permíteme que concluya este tratado refiriéndote dos hechos, cuyo mérito es muy grande delante de Dios. Ambos han tenido lugar en la mision de *Negapatam*. Hay en este distrito una mujer bastante acomodada que consagra todas sus rentas en reunir niños idólatras pobres para educarlos en la Religion cristiana, y los mantiene hasta que se casan.

No há mucho tiempo que otra mujer no tan rica como la primera, pues consistia toda su hacienda en un solo campo, lo vendió para entregar su precio á una familia católica, que viéndose sumida en la miseria iba á abrazar el protestantismo para salir de ella á no haber sido el acto de caridad de aquella buena mujer: en la actualidad está reducida esta heroica neófita á vivir muy parcamente con el trabajo de sus manos.

(Anales de la Propagacion de la fe, n.º 94.— Mayo de 1844. Tuquet, mis. apost.)

CONVERSION DE TRES MILITARES PROTESTANTES.

Tres militares calvinistas que estaban de cuartel en el Franco-Condado, habiendo asistido durante algunos dias consecutivos á una mision, dijeron públicamente que sus ministros les habian engañado; que no decian mas que mentiras y que engañaban á los católicos; y los tres abjuraron sus errores.

FIN.

Barcelona 15 de marzo de 1850.

Imprimase. = *Bertran, Vicario General.*

ÍNDICE.

PRÓLOGO.

Pág. v

Primera parte.

NOTAS DE LA IGLESIA.

Introduccion.	7
CAP. I. Del establecimiento de la Iglesia.	9
<i>Ejemplo.</i> — Conversion del duque Adolfo-Federico de Mecklemburgo-Schwerin.	21
CAP. II. Primera nota de la Iglesia. — La unidad.	24
<i>Ejemplo.</i> — Notable conversion de madama de Stafford.	37
CAP. III. De la verdad de esta máxima: <i>Fuera de la Iglesia no hay salvacion.</i>	40
<i>Ejemplos.</i> — Ingeniosa comparacion del naufragio. — Exclamacion del doctor Moore. — Reflexion del señor de Maistre.	56